

EL BACHILLERATO QUE VIENE

Si el Ministerio de Educación no se vuelve atrás, dentro de dos o tres años, el joven español de 16 años, después de haber combinado en un "ciclo polivalente" manualidades y principios teóricos, tendrá que elegir entre seis tipos de bachilleratos. Ya se sabe que las reformas educativas nacen casi siempre inmaduras, pero ésta puede provocar el caos típico en España: el de la chapuza y la improvisación.

Los seis bachilleratos serán éstos: uno de administración y gestión, que es el nuevo nombre púdico para el primer grado de la formación profesional; otro artístico, algo semejante a las escuelas de arte y oficio; otro de tecnología que se supone que harán los que piensan estudiar ingeniería y arquitectura; un cuarto de letras, un quinto de ciencias naturales; un sexto de matemáticas y física. Más o menos. El asunto está aún en ebullición.

El precedente francés

Como era de esperar, no se trata de un invento español. Desde 1981 existe en Francia algo parecido, que ya ha empezado a revelarse en sus entrañas más ocultas y sorprendentes. En Francia, hay cuatro tipos de liceos, subdivididos a su vez según las materias predominantes. En esencia son: Letras y Humanidades, Economía y Ciencias Sociales, Matemáticas, Medicina.

¿Qué ha ocurrido en pocos años? Que uno de esos liceos, el C, el de Matemáticas, ha adquirido tal prestigio que los alumnos más inteligentes —o los que aspiran a una carrera de más prestigio— lo piden. Ya se habla de la C-lection, C-selección. Jean Pierre Chevènement, autor de *La perversión matemática* ha declarado: "Los buenos alumnos, trabajadores y ambiciosos hacen matemáticas porque ese es el camino real, la clave del éxito. Después, habiendo seguido con éxito una orientación C, hacen cosas distintas de las matemáticas. Las matemáticas son pues, como antes el latín, el instrumento exclusivo de la selección escolar."

La teoría y la práctica

En la teoría de la ley, un bachiller que desee estudiar en la Universidad ciencias humanas, escogería un A; un futuro jurista, un B; un futuro médico, un D. Pero como C ha adquirido prestigio —van ahí los mejores alumnos y los mejores profesores—, las universidades, al seleccionar, buscan sobre todo C. Consecuencia: C se hincha, A, B y D se desinflan.

Y es que una cosa es una reforma educativa en la mente de los organizadores y otra cosa es la realidad, cuando la gente tiene efectivamente que elegir. En el diseño previo parece lógico que alguien que piensa estudiar medicina haga un bachillerato orientado hacia la medicina. Pero se olvida que, durante siglos, en el bachillerato, más que aprender unos contenidos, se aprendía unas disposiciones hacia el estudio, un enfrentarse con dificultades, un ejercicio simultáneo de la inteligencia, de la memoria y de la imaginación.

Esto se ha conseguido, durante siglos, con la insistencia en el lenguaje: en el propio y en el latín y el griego, lo que, de paso, daba acceso a la literatura y, en cierto modo, a la historia de las ideas. Ahora, parece ser que el lenguaje preferido es el de las matemáticas. Los franceses lo han intuido y han hecho en la práctica un bachillerato con muchas posibilidades pero privilegian-do las matemáticas.

La escolaridad hasta los 16

Otro aspecto de la reforma que se hace en España es el de elevar la escolaridad obligatoria hasta los 16 años. En Francia se trabaja en la misma dirección, pero, con más sentido crítico, ya se ha dado un debate público sobre el tema.